

taciones que echan luz sobre el crimen y hacen ceder la hipótesis más tenebrosa. Si esa inferencia es correcta, también se explicaría por qué Alejandra no se suicidó con una de las dos balas que restaban en la pistola; optando por quemarse viva.

*(Fragmento de una crónica policial publicada el 28 de junio de 1955 por «La Razón», de Buenos Aires.)*

La novela, básicamente, está constituida por las historias de Alejandra, de Martín, de Fernando Vidal —el padre de Alejandra— y la de Bruno.

En *El dragón y la princesa* leemos:

Un sábado de mayo de 1953, dos años antes de los acontecimientos de Barracas, un muchacho alto y encorvado caminaba por uno de los senderos del parque Lezama. Se sentó en un banco, cerca de la estatua de Ceres, y permaneció sin hacer nada, abandonado a sus pensamientos [p. 11].

Es Martín, un desolado adolescente que obtiene una comunicación misteriosa de Alejandra, muchacha de dieciocho años. Largos días de zozobra le hacen esperar un encuentro con ella. El encuentro se realiza, pero la desaparición y lejanía de Alejandra, enigmática y portentosa, acendran la inquietud de Martín.

«La volví a ver en el mismo lugar del parque, pero recién en febrero de 1955...» [41].

... ¿Te dije, acaso, que te volvería a ver pronto? [43].

es la única y sugestiva interrogante-respuesta de Alejandra. Y se desata la desastrosa historia de Alejandra y Martín. En este tercer encuentro, ella lo lleva a la vieja quinta de Barracas, al Mirador, donde sumerge a Martín en inquietantes revelaciones: su pasado familiar y el obtuso interior de su niñez y adolescencia. En la amanecida, después de una noche alucinante, Alejandra desaparece misteriosamente. En el Mirador, ella lo ha dejado conversando con el viejo abuelo, don Pancho, inmerso en un pasado, subsumido en una tumba. Los encuentros y desencuentros —entreverados con totales, contadas y angustiadas entregas— llenos de misterios y reticencias para Martín, lo llevan a la abstracción y a la tristeza.

Mediante Alejandra, Martín conoce a Bruno, un ser contemplativo, reflexivo —un ser de la soledad, quien en su adolescencia sustituyó el amor de la madre muerta por el de Ana María, abuela de Alejandra, amor que, por trastrueques ineluctables va a Georgina, madre de Ale-

jandra, y a Alejandra misma. Bruno será quien escuche los desvertebrados relatos de Martín y quien establezca los atados en la trama de la obra, con su aire evocador y meditativo.

Del profundo atado de esa parte de la novela, con la subsiguiente, *Los rostros invisibles*, obtenemos una tenebrosa insinuación: el incesto de Alejandra con su padre, Fernando Vidal, para el total descalabro del espíritu de Martín.

«El informe sobre ciegos» contiene la explicación de las sentinas del alma conturbada de Fernando Vidal, de su aberrante pensamiento sobre los ciegos, así como de los indicios premonitorios de su 'ser' y de su aciago destino: la simbología de su incesto y la premonición de su muerte.

La novela se aproxima al clímax. La parte última, «Un Dios desconocido», se inicia así:

En la noche del 24 de junio de 1955 Martín no podía dormirse. Volvía a ver a Alejandra como la primera vez en el parque, acercándose a él; luego, caóticamente, se le presentaban en la memoria momentos tiernos o terribles; y luego, una vez más, volvía a verla caminando hacia él en aquel primer encuentro, inédita y fabulosa. Hasta que poco a poco fue embargándolo un pesado sopor y su imaginación comenzó a desenvolverse en esa región ambigua. Entonces creyó oír lejanas y melancólicas campanas y un impreciso gemido, tal vez un indescifrable llamado. Paulatinamente se convirtió en una voz desconsolada y apenas perceptible que repetía su nombre, mientras las campanas tañían con más intensidad, hasta que por fin golpearon con verdadero furor. El cielo, aquel cielo del sueño, ahora parecía iluminado con el resplandor sangriento de un incendio. Y entonces vio a Alejandra que avanzaba hacia él en las tinieblas enrojecidas, con la cara desencajada y los brazos tendidos hacia delante, moviendo sus labios como si angustiada y mudamente repitiera aquel llamado. ¡Alejandra!, gritó Martín, despertándose. Al encender la luz, temblando, se encontró solo en su pieza. Eran las tres de la mañana [399].

La tragedia se ha consumado. Martín corre hacia la casa de Barracas. Alejandra ha dado muerte a su padre; ella echó nafta, prendió fuego y se quemó viva.

Martín parecía un náufrago que hubiese perdido la memoria [405].

Martín busca a Bruno, el refugio para la meditación y el desconuelo. Esta parte última de la novela, «Un Dios desconocido», contiene el punto de vista retrospectivo de Bruno con respecto de Fernando Vidal, padre de Alejandra, el relato de esa vida tenebrosa, alu-

cinante y angustiada; asimismo, las vicisitudes espirituales de Bruno, y la partida de Martín hacia la Patagonia, agobiado por sus inmensas interrogantes sobre Dios, sobre la verdad acerca de Alejandra, y en búsqueda de sosiego en «un mundo limpio, frío, cristalino...» [36].

Debe advertirse que, a lo largo de toda la novela, está entreverado otro relato, el de la histórica y trágica jornada del general Juan Galo de Lavalle, que arrastra consigo el destino de los ascendientes de Alejandra, los Olmos y los Acevedo, intrincados en el pasado de la Argentina. Esta parte de la novela enfrenta el pasado heroico de una secular familia, con su decadencia y perturbación en el mundo de la época.

Pretender explicar algunos aspectos de *Sobre héroes y tumbas* es enfrentar el arte de la novela de Ernesto Sábato, arte que muestra, de inmediato, la ausencia de desenlace definitivo (aun cuando aparentemente la «Noticia preliminar» contenga un indicio); un juego con el tiempo y un soslayar la presencia del narrador; de ahí que la novela, con cierto aire retrospectivo, nos dé la sensación mágico-poética de un presente inmediato, haciéndose.

Conjeturemos sobre ello.

La «Noticia preliminar», pese a otras apariencias, es lo meramente asuntual; conlleva un enigma que habrá de ser explicado a lo largo de toda la obra.

De ella inferimos que:

1. El hecho que conmoverá la novela ya aconteció.
2. Algo aciago hubo entre Alejandra y su padre, y es posible que la clave esté en el 'informe'.
3. La opción 'por quemarse viva' encierra una inmensa sugestión.

Las ilaciones anteriores tienden honda vinculación con el juego del tiempo y la técnica de soslayo que aplica el novelista.

En lo que hemos denominado 'juego con el tiempo' pueden hacerse dos anotaciones:

*Sobre héroes y tumbas* tiene un tiempo definido, duramente cronológico y meteórico, señalado con fechas, con otoños, inviernos, primaveras.

(Porque esa lluvia o ese sol forman parte—¡y de qué manera!—de la angustia o de los sentimientos que en ese instante embargan al personaje.)

*Hombres y engranajes* [94].